

## Pascual Duarte Asesino, Miliciano, Nacionalista

*Rafael Osuna*

*Duke University*

Que el protagonista de *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela, sea asesino del "Estirao" y de su propia madre está fuera de toda duda; menos clara es la responsabilidad que le corresponde en dichos actos. Para unos, Pascual se comporta con absoluta libertad, mientras que para otros está condicionado por su injusta sociedad; y hasta hay quienes opinan que es el destino quien lo empuja. Por otra parte, Pascual mata al conde de Torremejía en los primeros días de la guerra civil, aunque la crítica no ha estudiado todas las ramificaciones de este acto y su impacto en el resto de la narración. En fin, nadie parece ver en su arrepentimiento final unos supuestos políticos —reflejos del triunfador franquismo—, sino sólo una purificación personal de sus instintos criminales. Cuando decimos "nadie" aludimos a esos quince o veinte trabajos, además de a los libros globales sobre Cela, que constituyen la bibliografía más o menos firme de la novela.<sup>1</sup> Hora es, pues, de poner en claro *uno* de los importantes significados de esta narración, la cual, como Guadiana literario, se somormuja en la historia de España desde la Monarquía a la naciente Dictadura de Franco pasando por la otra Dictadura y la República. Es esta historicidad de la novela, y en consecuencia el carácter político de ella, lo que aquí nos va a ocupar.

No es novela ésta de profundas intenciones filosóficas o sociales, si bien su complejidad literaria no es poca y por veces de muy alta calidad. Los supuestos en que descansa son claros y necesariamente producto de una cierta mentalidad y de un

momento histórico. En esos supuestos se explica gran parte de su éxito en ciertos sectores y en ciertos momentos, sin descuidar, naturalmente, la aparente novedad y el atractivo de su violencia. Digamos enseguida que no es nuestra intención personalizar y mucho menos enjuiciar políticamente a Cela. Las conclusiones que extraigamos serán las que una honrada lectura de la obra y de la historia haga inevitables, lo que en absoluto pugna con el respeto que nos merece la obra posterior del novelista.

Existen muchas cosas en este libro que no se pueden entender desde posiciones ajenas a la historia española, y muchas de las contradicciones en que se mueve la crítica, incluso contradicciones de tipo literario, se resuelven si nos instalamos dentro de esas posiciones. Empecemos, para aclararlas, por el final cronológico.

Pascual Duarte firma sus memorias el 15 de febrero de 1937 en la cárcel de Badajoz, en la que ha pasado varios meses. Este es un hecho histórico posible, pero altamente improbable y quizás por ello se quitaran lugar y fecha de algunas ediciones. Badajoz cayó en manos de los facciosos el 14 de agosto de 1936 en uno de los episodios más cruentos de la guerra. Hoy la historia reconoce la crueldad que se desató en aquella hora. La represión fascista en la ciudad pacense, tanto en las calles como en los paredones como en la plaza de toros, constituye una de las páginas más abominables de los sublevados contra el pueblo leal. Difícil se hace creer, por ello, que a un vulgar asesino, parricida y matador de un representante de la burguesía se le confine cómodamente en el presidio de la ciudad contra la cual no se ahorraron represalias (con él hay, por si fuera poco, "un centenar de asesinos").<sup>2</sup> Los facciosos le darán, además, pluma y papel para que se despache a gusto ("el director era de tierno corazón", nos dice el guardia civil de la carta final), un confesor atenderá a los cuidados de su alma, le harán interrogatorios cuya razón histórica, política y legal se nos escapa, le darán un abogado defensor e incluso la oportunidad de solicitar el indulto. Esto, teniendo en cuenta que en Badajoz, en la hora inicial, los regulares, los marroquíes y, sobre todo, los legionarios sobrevivientes vengaron sin piedad a sus compañeros exterminados en masa por combatientes del pueblo como Pascual Duarte. Es bien sabido, por lo demás, que la consigna fue no hacer prisioneros y que centenares y centenares de personas fueron fusiladas en el transcurso de varias semanas. Todo este aparato

legal esbozado en la novela produce un fuerte impacto subliminal: a Pascual se le trató en Badajoz, en 1937, no como prisionero político, sino como criminal irredento. O lo que es igual: los facciosos preservaron la integridad jurídica de las personas.<sup>3</sup> En esta despolitización del pobre Pascual radica, por cierto, la mayor politización de la novela.

Continuemos retrotrayéndonos en la historia.

El autor afirma que Pascual "remató" al conde de Torremejía. Esto ocurre en el mismo inicio de la guerra, "durante los quince días de revolución —nos dice uno de los documentos finales— que pasaron sobre su pueblo." Las fechas implícitas en la novela, y a veces explícitas, son muy evidentes. La guerra comenzó el 18 de julio de 1936 y Torremejía fue tomada por una columna del Ejército del Sur el 10 de agosto. Es de suponer —y aunque el sentido común así lo requiere, ello no puede ser más que una suposición— que alrededor de esta fecha fuera apresado el dos veces asesino y una parricida Pascual Duarte, sobre todo teniendo en cuenta las ejecuciones que las izquierdas habían cometido en Almendralejo. Hombre con este torvo pasado y este peligroso presente no es, sin embargo, ejecutado sumarisimamente, sino puesto en una cárcel —no en la de Badajoz, que tardará cuatro días en tomarse— y conducido después a la de esa ciudad: "el sitio donde me trajeron es mejor." Muchas deferencias son éstas para tan innoble personaje —de su ternura nada saben las columnas fascistas de Castejón, Asensio, Tella y Yagüe— en hora de tanto revoltijo y mala sangre. Alguna explicación soterrada debe existir en estas improbabilidades históricas que nos abra todo el horizonte de la novela; las improbabilidades, aparte de poder ser signos de novelística deficiencia, tienen que conllevar una moraleja. Desechemos del todo la casuística que algunos críticos han levantado sobre la muerte del conde.<sup>4</sup> El caso es que lo remata; es decir, que efectivamente es Pascual, y no otro, quien lo mata, aparte de herirlo él u otros previamente o no; y por ello, naturalmente, fue "convicto y confeso". Algún crimen debió de cometerse en esta Torremejía medio extremeña y medio ficticia,<sup>5</sup> pero en cualquiera de sus dos mitades es arduo concebir peor crimen que éste en aquella hora, ni persona de más influencia en el pueblo que esta víctima semihistórica y semifingida.<sup>6</sup> Dejaremos a un lado, por el momento, el carácter miliciano puro o impuro de

ese acto militar o personal. Lo cierto es que despolitizar este acto es tervigersar la historia verdadera y la ficticia hasta el absurdo, y algunas razones impelirán a los críticos a hacerlo así. De ello, por cierto, no escapa el propio Cela, que años más tarde dirá que "Pascual Duarte nunca supo a ciencia cierta por qué le apioló la justicia", aunque en la novela nos ha dicho que fue convicto y *confeso* del asesinato del conde. Algo tratará de ocultar esta contradicción o, como el propio Cela dice, "esta teoría de tan desdibujados horizontes."

Hay que retrotraerse más en la historia —la de verdad y la poética— para comprender plenamente lo que la novela no nos dice, pero que el conocimiento de la urdimbre histórica no puede negar. Porque resulta que a Pascual Duarte lo sueltan de Chinchilla el año 35 "o quién sabe" si el 36. Que suelten a un asesino y parricida las autoridades civiles de 1936 —después del triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero— no dice mucho bueno sobre dichas autoridades, pues sus intenciones implícitas son obvias: convertir a un delincuente común a la causa del pueblo. Uno más —y éste, altamente eficiente— a pelear y matar. No que estos hechos no pudieron ocurrir, sino que, si ocurren en la novela, alguna motivación deben poseer; recuérdese, como botón de muestra, el clamor que las derechas levantaron contra el decreto de amnistía del 21 de febrero de 1936. Pero si es que lo sueltan en 1935 —durante el bienio conservador— dichas autoridades son grandemente paradójicas considerando la inestabilidad social con su retahíla de bombas, incendios, huelgas y asesinatos: baste recordar ahora la rebelión de Asturias del año anterior. Lo que el lector parece ir comprendiendo ya es que, a sabiendas del autor o no, ni las derechas ni las izquierdas republicanas han ejercido sus deberes con responsabilidad. Esto lo cumplirán —aniquilando el cuerpo, pero conquistando el alma— el director del penal de Badajoz y el sacerdote Lurueña: la cruz y la espada —"con doble faz de amor y de justicia", diría Machado— reminiscentes de otras conquistas y aniquilaciones muy resucitadas en aquella hora.<sup>8</sup>

Pascual Duarte ha permanecido en la cárcel de Chinchilla desde, supuestamente, 1922 —año en que mata a la madre— hasta esa fecha a dos vertientes de 1935 ó 1936. Nada menos que trece o catorce años. Años que se inician en una Monarquía, transcurren

por la Dictadura de Primo de Rivera y atraviesan casi en su entereza la segunda República. Es obvia la sentencia: el sistema penal de tres regímenes —y el sistema penal es sólo, claro está, la comprimida imagen de una vasta realidad— no ha regenerado al criminal, lo mismo que la sociedad beoda y harapienta de principios de siglo —Pascual nace hacia 1882— lo degeneró. Como no sabemos nada de estos años presidiarios, es excusado fabricar castillos en el aire. Pero la cronología de la novela —el autor se ha preocupado mucho de este aspecto de ella, sin apurar aún—<sup>9</sup> canta a voces. Y los hechos son contundentes: ni en 1922 lo condenaron a muerte ni en 1935 o 1936 lo mantienen recluido. ¿Qué sociedad es ésta que así trata a un asesino y parricida, autor, además, de ciertos navajazos y otras crueldades? No hay que indagar mucho en el Derecho español para encontrar que el parricidio se castigaba en 1922 con la pena de muerte o, debido a circunstancias muy atenuantes, con cadena perpetua.<sup>10</sup> Pero estas circunstancias légalas no existen en el caso de nuestro Pascual, que premedita el crimen materno y lo ejecuta con alevosía y firme determinación en su víctima, primero con impunidad y luego a brazo partido; crimen que, a mayor abundamiento, no atenúa su huida y agrava sus antecedentes criminales. Algo estaría muy podrido en aquella sociedad que deshacía a hombres como Pascual y luego los trataba con tanta blandura. Hay que recordar de nuevo otras palabras de Cela escritas para su Pascual años después: "La norma, ante la anormalidad, se declara partidaria de las fuentes de la sangre y de los oficios del hierro y del fuego: lo que molesta, se mata."<sup>11</sup> ¿Cómo es que se le mata en 1937 y no en 1922? Sencillamente porque hay primero que soltarle de la cárcel, empujarlo a matar a un conde y salvar —como también dice Cela en el mismo sitio— su "recóndita honradez." Poesía e Historia no simpatizarán, pero el *exemplum* queda claro. La biografía de Pascual esconde una interpretación de nuestra historia y de nuestra sociedad.

Pero la historia nos lleva más atrás, ahora a 1915 a 1918. Una lectura atenta de la obra nos indica que son éstos los años que Pascual pasa en la penitenciaría de Chinchilla pagando su deuda por el asesinato del "Estirao". Blandura excesiva de nuevo, pues por este homicidio le salieron veintiocho. No es la sociedad sólo la que hace de Pascual un criminal, sino también la que no lo

reforma. "Me dejaron indefenso ante todo lo malo", nos dice dolorido, y agrega: "Creyendo que me hacían un favor, me hundieron para siempre." He ahí la regeneración del criminal bajo el sistema judicial y penal de aquel pasado. Veinticinco pesetas para ocho días de avío, y ello por obra y gracia de la excelsa Junta de Damas Regeneradoras de los Presos. Pascual, con todo, hubiera deseado cumplir su condena completa como cualquier otro encarcelado: "Si me hubiera portado ni fu ni fa, como todos sobre poco más o menos, los veintiocho años se hubieran convertido en catorce o dieciséis" y su madre se hubiera muerto de muerte natural, etc. Atención a estas palabras, porque Pascual acabó cumpliendo luego trece o catorce años por el homicidio materno y tampoco se regeneró. Algo estaría muy mal en aquellos sistemas que primero reducían las sentencias tan considerablemente, no ajusticiaban luego al parricida y finalmente lo dejaban desmandado en momentos de turbulencia social. La lucidez del novelista no puede llegar, por supuesto, a todas estas implicaciones, pero como existen, alguna razón deben poseer. El caso es que la regeneración llegará sólo por manos de la Iglesia —aquella Iglesia española de 1937 de Gomá y de Segura—, en una cárcel franquista —Franco era jefe del Ejército del Sur— y precisamente en Badajoz. ¿Y por qué no en Guernica?, se preguntará algún lector malicioso.

Con las páginas de la verdadera historia al alcance de la mano, las de la historia ficticia se aclaran grandemente. Pero también se aclaran con las de la historia de la literatura.

Francisco Rico, en un trabajo que es de los más perspicuos sobre el *Lazarillo*, escribió hace ya tiempo del "caso" alrededor del cual gira toda la historia de nuestro pícaro.<sup>12</sup> El "caso" de Lázaro —el penumbroso triángulo que él forma con su mujer y el arcediano— explicaba muchas cosas sobre la unidad, la técnica narrativa y el sentido último de la novela. Ahora, algunos críticos —muy pocos, es cierto— de la de Cela, ven correctamente en el penumbroso asesinato del conde de Torremejía el episodio más destacado de ella. Sin embargo, no se explica suficientemente por qué. Nuestras palabras anteriores ofrecen la explicación. Aclarémosla ahora incluso más.

Las memorias de Pascual están sin terminar. "Otra parte hubo —dice él— que al intentar contarla sentía tan grandes

arcadas que preferí callármela y ahora olvidarla." He aquí campo abierto a la imaginación. ¿Qué es lo que no cuenta Pascual? Naturalmente, no puede referirse a su carrera de asesino, ni a sus trece o catorce años en Chinchilla, porque la una está supuestamente terminada —¿arcadas peores que las producidas por la muerte de la madre?— y los otros no ofrecen supuestamente interés ni verosímelmente permitirían cuentas hazañas. Pascual, entonces, quizá se refiera a su "degeneración política" —su breve carrera de quince días milicianos—, porque lo único que positivamente sabemos que no cuenta es el asesinato del oligarca de Torremejía, y los libros son como están. El autor —esto es, el transcriptor fingido— lo corrobora: "Pascual se cerró a la banda y no dijo esta boca es mía más que cuando le dio la gana, que fue muy pocas veces, los motivos que tuvo y los impulsos que le acometieron." Naturalmente, éste tiene que ser uno de los varios artilugios narrativos que usa con gran habilidad el novelista. Por mucho arrepentimiento con que se acoja nuestro Pascual al seno de la Iglesia al entrar emocionalmente en capilla, los motivos que tuvo para matar al conde no deberían explicarse en una obra fechada en la España de enero de 1942. Aunque se hubieran expuesto negativamente, su poder persuasorio era arriesgado y la implícita denuncia, contraproducente; aunque había muchos exiliados peregrinos, eran muchos más los peregrinos en la patria. Miliciano puro o impuro (y lo más verosímil novelística e históricamente es que fuera lo segundo), lo cierto es que Pascual mata —y no eutanásicamente, pues el propio transcriptor lo llama *asesinato*— al noble que representa en su pueblo los intereses de la burguesía y la Iglesia sublevadas. Este es el crimen —el "caso"— del que él está verdaderamente arrepentido: no de sus navajazos a Zacarías, sus crímenes contra los animales, el chulo de su hermana y de su mujer o contra su propia madre. Esto explica que no dedique las memorias a ninguna de esas víctimas o a su hermana, a la que ama entrañablemente. Aparte de las soterradas subconsciencias que puedan existir en la muerte del conde —y desde luego el parricidio "metafórico" puede ser una, entre varias—, lo cierto es que esa sonrisa final y el "Pascualillo" pronunciado en el estertor de la muerte muestran una superioridad humana de la víctima sobre el culpable ("a buen seguro el me perdonó a mí", dirá Pascual). Superioridad ética —aquí de un mundo de valores

cristianos que triunfa sobre otros que no lo son— será la que nos otorga la carta en que el sacerdote cuenta los últimos momentos de nuestro protagonista, al que casi santifica en su triunfalismo redentor. Y es superioridad castrense la que observamos en la carta del guardia civil, que desprecia la indigna forma de morir de su enemigo militar (recordemos que la Guardia Civil de Badajoz se sublevó contra la República). No creemos que sea casualidad el que los tres personajes que están “fuera” de la novela sean representantes de la burguesía, la Iglesia y el Ejército. Ni el representante de la una podía sentir miedo ante el miliciano, ni el de la otra podía admitir su falta de capacidad de regeneración espiritual, ni el del otro podía reconocerle heroísmo. Es éste el “caso” de nuestro moderno Lazarillo, que en sus memorias llega incluso a reemplazar el Vuesa Merced de antaño por el don Joaquín Barrera de hogaño, el otro personaje, por cierto, que también está “fuera” en las dos novelas. No hay aquí coincidencias ni son hueras nuestras palabras. Es el peso de la Historia el que gravita en todos los poros de la novela.

Pascual vuelve al regazo de la Iglesia —en la que nunca de hecho estuvo a pesar de ese gesto “marica” de besar la mano del cura de su pueblo— y esta vuelta es, según el confesor de Badajoz, la de la “oveja descarriada” y la del “hijo pródigo”. Parábolas que tocan cordialmente la parábola de la novela. La salvación de Pascual es evidente. Si la paz de que goza en sus días últimos le hubiera llegado antes, “a estas alturas fuera, cuando menos, cartujo”, lo que explicita, de forma divergente, más adelante: “Ejemplo de familia sería mi vivir si hubiera discurrido todo él por las serenas sendas de hoy.” Si en el otro Lazarillo triunfa su cuerpo pero muere su alma, en el nuestro ocurre lo contrario: materialismo de una decadencia histórica y espiritualismo de otra histórica ascendencia. Los contrastes entre etapas de nuestra historia española se columbran hasta en hechos que pueden pasar muy inadvertidos: compárese, verbigracia, esa alegría que el protagonista ve en el campo de Badajoz, y en las figuras que lo cruzan, desde la ventana de su cárcel —¡después de las matanzas!— a lo sombrío de su visión cuando sale de Chinchilla la vez primera y se le aparece el campo “yermo y agotado”. De un campo a otro, como de una España vieja a otra joven; de los harapos silvestres, a los brillantes azules del nuevo amanecer. Compárese al bondadoso

don Conrado del presidio de Chinchilla, sus “muchas palabras de consuelo” y sus benévulos pero ineficaces consejos (laico al fin), con la gestión eficaz del Padre Santiago (don Santiago en las ediciones últimas), el cura de la cárcel fascista, quien, por si fuera poco, insta a Pascual a continuar escribiendo las memorias, como el director de ella se lo había facilitado antes. Hay que salvar el espíritu, exterminar el cuerpo y . . . usar las memorias como propaganda. El lobo miliciano es ahora oveja nacionalista—todo dentro de la mayor legalidad— y sus memorias pasan de mano en mano: desde el guardia civil que las entrega a don Joaquín Barrera, amigo del conde muerto, hasta las monjas del Servicio Doméstico; y de éstas, no sabemos cómo, al farmacéutico de Almendralejo —¿pariente del señorito Sebastián?— ya en los meses posbélicos de 1939, el cual se las cede al copista fingido, quien se las mandará al confesor de Pascual para su lectura. Y de aquí, agreguemos, a la penuria y voracidad de una sociedad sin literatura y todavía sedienta de violencias, tanto que el propio guardia civil pedirá al transcriptor dos ejemplares. Ciclo que alguna explicación tendrá.

¿Es nuestra novela una obra de intención social? Naturalmente que lo es. Si obtiene tanto éxito al publicarse en aquella España triunfadora caliente todavía por el fragor de la guerra, su éxito tendrá también alguna explicación. A Pascual, vulgar asesino, se le vería en una primera lectura como se veían todavía las milicias populares liquidadas: hordas marxistas con los ojos inyectados en sangre buscando la inmolación de los defensores de los principios de nuestra santa tradición. Sin embargo, una segunda lectura más sagaz observaría en la novela que la responsabilidad de los actos del protagonista recae, después de todo, en la sociedad que lo produce y no lo regenera; contradicción peligrósima. Es la contradicción que el propio Cela dejará sentada en el texto que venimos citando: “Lo que se viene llamando el criminal no es más que la herramienta; el verdadero criminal es la sociedad que fabrica —o permite que se fabrique— la herramienta.”<sup>13</sup> Pero todavía existiría una tercera lectura, si no más sagaz, por lo menos más política: esa sociedad no es la del nuevo Estado, sino la de la España “con sucios oropeles de carnaval vestida”, según el decir de Machado.<sup>14</sup> Estas tres lecturas de la obra quizá correspondan, por cierto, a las hechas por los

censores, que le dan el visto bueno primero, la retiran después y finalmente la dejan libre como un pájaro. Vedlo ahí: "Modelo no para imitarlo, sino para huirlo." Ejemplaridad, pues, de la novela del Imperio, y por si fuera poco, pasada por el agua de la violencia nueva.

En fin, Pascual Duarte, que no muestra preocupaciones políticas nunca, no parece ser uno de aquellos hombres que se levantaron, puros y encendidos, en defensa de la justicia que los facciosos les arrebataban. La muerte del conde servirá a su causa materialmente, pero no políticamente. De un hombre con esos antecedentes criminales y esos fáciles cambios no se debe esperar una ejecución de ideario político, sino un crimen personal, y de las dos facturas hubo, en ambos bandos, no pocos de ellos; nada hay, pues, que agradecer a nuestro improvisado combatiente: con su pan se lo coma. Pero este asesino vulgar metido a miliciano posee un grande y tierno corazón que aquella sociedad del primer tercio del siglo no supo sacar de su propio estercolero; y es ésta la melodía del libro que seguirá, justamente, dando que hablar a los críticos por algún tiempo. El se gran corazón es, sin embargo, el que rescata la España triunfadora en Badajoz. De sus gratuitas violencias — alguna puede haber justificada— es mejor no hablar. Su libertad no resuena con vibraciones ontológicas. No hay que confundir libertad moral del personaje con gratuidad artística del autor, como no hay que confundir algunas involuntarias oscuridades y contradicciones con complejidad artística deliberada. La libertad de Pascual —su libertinaje— es la libertad de novelista, que hace hacer a su personaje lo que su gusto pide, y de aquí que no haya convencido siempre a críticos muy formales y sin compromiso. Por otra parte, la novela no nos dice que el nuevo espiritualismo que triunfa sobre los instintos de Pascual no ha de cambiar en absoluto las estructuras sociales que los hicieron posibles, lo que cuarenta años han demostrado después con creces. Para la historia de nuestras letras salvemos, pues, del otro estercolero de la primeriza posguerra literaria esa rosa que es la humanidad de Pascualillo, pero hundamos en el olvido de la otra historia los valores poco eternos que sus metamorfosis representan. A Pascual lo mataron unos moralmente y otros corporalmente, pero no "lo matamos entre todos", como afirmaba Cela, sino entre unos pocos.

## NOTAS

1. A punto de mecanografiar nuestro trabajo nos llega la edición de la novela — precedida de una larga introducción— hecha por Jorge Urrutia (Barcelona, Planeta, 1977). Aunque estamos en desacuerdo en varios puntos básicos, me congratulo de algunas coincidencias y, sobre todo, de ver corroboradas mis opiniones con los varios textos de la época que él presenta, pero no corrijo, incorporo ni quito una sola palabra a las presentes páginas (aunque sí añado la nota núm. 3). Los trabajos a que aludo —y que crearían una nota farragosisima— pueden verse enumerados en esa edición (págs. xcii-xcvii), aunque faltan algunos anteriores, y por supuesto otros posteriores, a la edición.
2. Manejamos la edición de las *Obras completas* (Barcelona, 1962), I.
3. Urrutia llama la atención sobre el garrote que se le da a Pascual, y la ausencia de su fusilamiento, como sería de esperar (pág. xliii).
4. Hacemos esta afirmación con todo el respeto que debemos a la amistad de A. Zamora Vicente, a quien principalmente nos referimos (v. su *Camilo José Cela: Acercamiento a un escritor* [Madrid, Gredos, 1962], pág. 14).
5. Decimos medio ficticia porque no sabemos si es posible que desde ella se vean, a cerca de trece kilómetros, las luces de aquel Almendralejo de principios de siglo. Como existía ferrocarril en ella, según es la verdad y nos dice Cela, damos por improbable que Pascual fuera a Mérida en yegua para su luna de miel (incidente típico de novela picaresca) o a Don Benito para coger el tren que lo lleva a la emigración madrileña. La impresión de pobreza que produce la obra, por lo demás, no parece corresponder ni con la riqueza de la región ni con la historia. Torremejía, por ejemplo, tenía 606 habitantes en el censo de 1910 y 796 en el de 1920, crecimiento que es digno de tenerse en cuenta (v. el Espasa, s.r. Torremejía). Nada de esto, por supuesto, afecta al mérito de la obra.
6. Ahora decimos semihistórica porque existía (por lo menos en 1928) un marqués de Torremejía, título que poseía desde 1897 don Ramón de Alfara y Medrano (v. la referencia anterior).
7. O.C.I. 582. Antes, en la edición escolar de H. I. Boudreau y J. W. Kronik (New York, 1961).

8.

Por una de esas coincidencias de que la verdadera historia presenta tanta abundancia. Mario Neves, corresponsal en Badajoz del *Diario de Lisboa* en los días de la represión, nos cuenta cómo un sacerdote le acompañó al cementerio donde se quemaban centenares de cadáveres rociados con gasolina. He aquí el comentario de aquel verdadero y nada ficticio Lurueña: "Mereciam isto. Além disso, é una medida de higiene indispensavel . ." (*Crónica de la Guerra de España*, Cuaderno 27, s.a. [1967], 160).

9.

Es muy fácil situar en su rigurosa secuencia cronológica casi todos los sucesos de la novela, lo que viene a confirmar su escondida historicidad. Sin embargo, el cuidado del novelista no ha llegado hasta el punto de subsanar un pequeño error. Cela nos dice que Pascual se casó con Lola el 12 de diciembre, fiesta de la Virgen de Guadalupe, y que ese día cayó en miércoles. No puede ser así, pues el 12 de diciembre fue miércoles en 1906 y en 1917, años en que tal hecho no pudo tener lugar (esta minucia, a cuya averiguación no hubiéramos concedido un minuto de nuestro tiempo, nos la ofrece uno de esos "juguetes" electrónicos de bolsillo). Por lo demás, según el *Año Cristiano* (ed. de la B. A. C.), la festividad de la Virgen de Guadalupe extremeña se celebra el 8 de septiembre; el 12 de diciembre, la de la mejicana.

10.

Véase, sin ir más lejos, el Espasa, s.v. parricidio.

11.

OC, I, 582.

12.

"Problemas del *La-arillo*" *BRAF*, 46 (1966), 271-297.

13.

OC, I, 582.

14.

No hemos aludido en vano varias veces a Machado. También en la obra del poeta hay Pascuales Duartes, que desde luego asoman en el de Cela. Baste citar "Un criminal" y "La tierra de Alvargonzález". Hay que ir a los romances de ciego para entender mejor la novela de Cela, como nos ha dicho la crítica, pero creemos que hay que hacerlo por el cernedero de Machado. Véase nuestro artículo "Antonio Machado y Pascual Duarte", de próxima publicación.